

—¡Hija mía! ¡pobre hija mía!

Este clamor pasó por la ligera abertura practicada encima del armario y aterrizó á Ferragus y á Clemencia.

—Vete á ver lo que es eso, Clemencia.

Clemencia bajó con rapidez la escalerita, encontró abierta la habitación de la señora Gruget, oyó los gritos que resonaban en el piso superior, subió la escalera y llegó atraída por el ruido de los sollozos, hasta la habitación fatal, donde antes de entrar, llegaron estas palabras á sus oídos:

—Es usted, señor, con sus imaginaciones, quien ha sido la causa de su muerte.

—Cállese usted, miserable, decía Julio poniendo su pañuelo en la boca de la viuda Gruget, que exclamó:

—¡Al asesino! ¡socorro!

En este momento, Clemencia entró, vió á su marido, arrojó un grito y huyó.

—¿Quién salvará á mi hija? preguntó la viuda después de una larga pausa. Usted la ha asesinado.

—¿Cómo? preguntó maquinalmente Julio, estupefacto al verse reconocido por su mujer.

—Lea usted, señor, exclamó la anciana rompiendo á llorar. ¿Hay rentas que puedan consolarla á una de esto?

«¡Adiós, madre mía! te lego todo lo que poseyo. Te pido perdón de mis faltas y de la última pena que te doi poniendo fin á mis días. Enrique, á quien hamo más que á mi misma, me á dicho que yo causaba su desgracia, y puesto que me á rechazado y que he perdido todas mis esperanzas de reconciliación, voi á haogarme. Iré debajo de Neuilly para no ser llevada á la Morgue. Si Enrique no me odia ya después que me he castigado con mi muerte, ruégale que dé cristiana sepultura á una joven cuyo corazón no á latido más que para él y que me perdone, pues é hecho mal en mezclarme en lo que no me importaba. Cuidale bien las mosas. ¡Cuanto á sufrido ese pobre gatito! Pero yo tendré para destruirme el balor que él ha tenido para acerse quemar. Lleva los corsés terminados á casa de mis parroquianos. Y ruegue á Dios por su hija

»IDA.»

—Lleve usted esa carta al señor Funcal, al que está aquí. Si hay tiempo aún, él es el único que puede salvar á su hija.

Y Julio desapareció como un hombre que hubiese cometido un crimen. Sus piernas temblaban. Su corazón ensanchado recibía olas de sangre más calientes, más copiosas que en ningún momento de su vida, y los volvía á enviar con una fuerza extraordinaria. Las ideas más contradictorias combatían en su espíritu, y sin embargo, un pensamiento las dominaba á todas, no había obrado lealmente con la persona que más amaba, y le era imposible transigir con su conciencia, cuya voz, aumentando en razón del crimen, armonizaba con los gritos íntimos de su pasión, durante las horas más crueles de duda que le habían agitado precedentemente. Erró por París durante una gran parte del día no atreviéndose á entrar en su casa. Este hombre honrado temblaba al encontrarse ante la frente irreprochable de aquella mujer desconocida. Los crímenes están en razón directa con la pureza de las conciencias, y el hecho que para tal corazón es apenas una falta en la vida, adquiere las proporciones de un crimen para ciertas almas cándidas. ¿No tiene, en efecto, un celeste alcance la palabra candor? Y la más ligera mancha impresa en el blanco vestido de una virgen, ¿no hace de él algo innoble, tanto como los harapos de un mendigo? Entre estas dos cosas, la única diferencia es la que hay de la desgracia á la falta. Dios no mide nunca el arrepentimiento, no lo gradúa, y necesita tanto para borrar una falta como para hacerla olvidar toda una vida. Estas reflexiones pesaban atrozmente sobre Julio, pues las pasiones no perdonan más que las leyes humanas, y razonan más justamente: ¿no se apoyan en una conciencia suya infalible como el instinto? Julio entró en su casa desesperado, pálido, aplastado por el sentimiento de sus culpas; pero experimentando, á pesar suyo, la alegría que le causaba la inocencia de su mujer. Entró en la habitación de ella palpitante, la vió acostada, tenía fiebre, fué á sentarse cerca de la cama, le tomó una mano, la besó y la cubrió de lágrimas.

—Querido ángel, le dijo cuando estuvieron solos, esto es arrepentimiento.

—¿De qué? repuso ella.

Al decir esto, inclinó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y permaneció inmóvil, guardando el secreto de sus sufrimientos para no asustar á su marido: delicadeza de madre, delicadeza de ángel. Era la mujer en una palabra. El silencio duró largo rato. Julio, creyendo dormida á Cle-

mencia, fué á interrogar á Josefina acerca del estado de su mujer.

—La señora ha entrado medio muerta, señor, y hemos ido á buscar al señor Haudry.

—¿Ha venido? ¿qué ha dicho?

—Nada, señor. No ha parecido contento, ha ordenado que no dejásemos á nadie al lado de la señora, excepto la enfermera, y ha dicho que vendría por la noche.

Julio entró muy quedo en la habitación de su mujer, se sentó en un sillón, y permaneció ante la cama, inmóvil, con los ojos fijos en Clemencia; cuando ésta levantaba los párpados, le veía enseguida, y de sus pestañas dolorosas se escapaba una mirada tierna, llena de pasión, exenta de reproches y de amargura, una mirada que caía como un dardo de fuego sobre el corazón de aquel marido noblemente absuelto y siempre amado, por aquella criatura á quien él mataba. La muerte era entre ellos un presentimiento que les hería á la vez. Sus miradas se unían en una misma angustia, como sus corazones se unían antes en un mismo amor, igualmente sentido, igualmente participado. Nada de preguntas, pero sí horribles certezas. En la mujer generosidad perfecta; en el marido, remordimientos atroces; después, en sus dos almas, una misma visión de abnegación, un mismo sentimiento de la fatalidad.

Hubo un momento en que Julio, creyendo á su mujer dormida, la besó dulcemente en la frente, y dijo después de haberla contemplado largo rato:

—Dios mío, déjame aún este ángel bastante tiempo para que me absuelva yo mismo mis culpas con una larga adoración... Soltera, es sublime; mujer, ¿con qué palabra se la podría calificar?

Clemencia alzó los ojos, que estaban llenos de lágrimas, y dijo con voz débil:

—Me haces daño.

La noche había avanzado, el doctor Haudry vino, y rogó al marido que se retirase durante la visita. Cuando salió, Julio no le hizo ninguna pregunta, no necesitó más que un gesto.

—Llame usted en consulta á aquel de sus colegas con quien tenga usted más confianza, yo puedo engañarme.

—Pero, doctor, dígame la verdad. Soy hombre, sabré comprenderle; y, por otra parte, tengo el mayor interés en saberlo, para arreglar ciertas cuentas...

—La señora está herida de muerte, respondió el médico. Existe una enfermedad moral que ha hecho progresos y que complica su estado físico, tan peligroso ya; pero agravado aun más con imprudencias: levantarse descalza por la noche; salir cuando yo se lo había prohibido, salir ayer á pié; hoy en coche. Ha querido matarse. No obstante, mi sentencia no es irrevocable, es joven, tiene una fuerza nerviosa asombrosa... Es preciso jugar el todo por el todo con algún reactivo violento; pero no tomaré á mi cargo el ordenarlo, no lo aconsejaré jamás; y, en consulta, me opondré á su empleo.

Julio entró. Durante once días y once noches permaneció á la cabecera de la cama de su mujer, no durmiendo más que durante el día, con la cabeza apoyada en los pies de la cama. Jamás hombre alguno empleó con tanto ardor como Julio el celo de los cuidados y la ambición de la abnegación. No sufría el que hiciesen el más ligero servicio á su mujer; le tenía cogida la mano siempre, y parecía que quería comunicarle así vida. Tuvo incertidumbres, falsas alegrías, buenos días, crisis, en fin, los horribles cambios de la muerte que duda, que se balancea, pero que hiere. La señora Julio encontraba siempre fuerzas para sonreír á su marido; le compadecía al saber que bien pronto quedaría solo. Era una doble agonía, la de la muerte y la del amor; pero la vida iba debilitándose, mientras que el amor se agrandaba. Hubo una noche terrible, aquella en que Clemencia tuvo ese delirio que precede siempre á la muerte en las personas jóvenes. Habló de su amor feliz, de su padre; contó las revelaciones de su madre en el lecho del dolor, y las obligaciones que le había impuesto. Luchaba, no con la vida, sino con su pasión, que no quería abandonar.

—Dios mío, decía ella, haga usted de modo que no sepa que quisiera verle morir conmigo.

Julio, no pudiendo soportar aquel espectáculo, estaba en este momento en el salón contiguo al cuarto, y no oyó aquellos votos que hubiese obedecido.

Cuando la crisis hubo pasado, Clemencia encontró fuerzas. Al día siguiente volvió á estar hermosa, tranquila; habló, tenía esperanzas, se adornó como se adornan los enfermos. Después, quiso estar sola durante todo el día, y despidió á su marido con uno de esos ruegos hechos con tantas insistencias, que son oídos como se oyen los ruegos

de los niños. Por otra parte, Julio necesitaba aquel día. Fué á casa del señor Moulincourt, á fin de reclamarle el duelo á muerte que habían convenido entre ellos. No sin grandes dificultades pudo llegar hasta el autor de su infortunio, pero al saber que se trataba de una cuestión de honor, el vidamo obedeció á las preocupaciones que habían gobernado siempre su vida, é introdujo á Julio en la habitación del barón. El señor Desmarets buscó al barón de Moulincourt.

—¡Oh! es él mismo, dijo el comendador mostrando un hombre sentado en un sofá al lado del fuego.

—¿Quién? ¿Julio? dijo el moribundo con voz cascada.

Augusto había perdido la única cualidad que nos hace vivir, la memoria. Al verle, el señor Desmarets reculó horrorizado. No podía reconocer al elegante joven en una cosa sin nombre en ningún lenguaje, según la palabra de Bossuet. Era, en efecto, un cadáver de cabellos blancos, con huesos cubiertos apenas de una piel arrugada, marchita, disecada; de ojos blancos y sin movimiento; una boca horriblemente entreabierta, como lo están la de los locos ó la de los crapulosos muertos por sus excesos. Ninguna traza de inteligencia existía ya ni en la frente ni en ningún rasgo; lo mismo que no había ya en la encarnación fofa, ni color, ni apariencia de circulación sanguínea. En fin; era un hombre hastiado, gastado, llegado á esa situación en que están esos monstruos conservados en el Museo dentro de unos frascos llenos de alcohol. Julio creyó ver por encima de aquella cara la terrible cabeza de Ferragus, y aquella completa venganza hizo desaparecer su odio. El marido sintió piedad al ver los dudosos despojos del que había sido poco antes un joven.

—El duelo ha tenido lugar, dijo el comendador.

—El señor ha matado á mucha gente, exclamó dolorosamente Julio.

—Y á personas muy queridas, añadió el anciano. La abuela muere de pesar, y yo tal vez no tarde en seguirla.

Al día siguiente de aquella visita, Clemencia fué empeorando por momentos. La pobre aprovechó un momento de fuerza para sacar una carta de su cábecera y entregársela á Julio haciéndole una seña fácil de comprender. Quería entregarle en un beso el último soplo de su vida, su marido lo tomó y después la joven murió, Julio cayó medio muerto

y fué llevado á casa de su hermano. Allí cuando él deploraba en medio de sus lágrimas y su delirio la ausencia de la vispera, su hermano le comunicó que aquella separación era vivamente deseada por Clemencia, la cual no quería que fuese testigo de ese aparato religioso que despliega la Iglesia al conferir á los moribundos los últimos sacramentos y que resulta tan terrible para los corazones amantes.

—Tú no habrías podido resistirlo, le dijo su hermano. Yo mismo no tuve valor para verlo, y todos tus criados lloraban amargamente. Clemencia estaba como una santa, había recobrado fuerzas para despedirse de nosotros, y aquella voz oída por última vez, desgarraba el corazón. Cuando pidió perdón por las penas involuntarias que podía haber causado á los que la habían servido, se oyó un grito mezclado de sollozos, un grito...

—Basta, dijo Julio, basta.

Desmarets quiso estar solo para leer los últimos pensamientos de aquella mujer á quien el mundo había admirado y que sólo había vivido lo que vive una flor.

«Mi muy amado: Este es mi testamento: ¿Por qué no se ha de hacer testamento para los tesoros del corazón, como se hace con los demás bienes? Amor mío, ¿No eres mi único bien? No quiero ocuparme aquí más que de mi amor, que fué toda la fortuna de tu Clemencia y la única que puede dejarte al morir. Julio, yo soy aun amada y muero feliz. Los médicos explican mi muerte á su manera, yo sola conozco su verdadera causa y te la diré, por grande que sea la pena que pueda causarte. No quisiera llevar en un corazón que es todo tuyo ningún secreto que no te sea comunicado, con tanto más motivo cuanto que muero víctima de unadiscreción necesaria.

»Julio, yo he sido criada y educada en la más profunda soledad, lejos de los vicios y de las mentiras del mundo, por la amable mujer á quien tu conociste. La sociedad hacía justicia á esas cualidades exteriores con las que una mujer cautiva á la sociedad; pero yo he gozado secretamente de una alma celestial y he podido querer á la madre que convirtió mi infancia en un goce sin amarguras. Sí, yo la quería, la temía y la respetaba, y nada de esto molestaba á mi corazón, ni el respeto ni el temor. Yo era todo para ella, y ella era todo para mí. Durante diez y nueve años, completa-

mente felices, mi alma solitaria en medio del mundo que gruñía en torno mío, sólo he reflexionado acerca de la imagen más pura, de la de mi madre, y mi corazón sólo ha latido por ella y para ella. Yo era escrupulosamente piadosa y me complacía en vivir pura ante Dios. Mi madre cultivaba en mí todos los sentimientos nobles y generosos. ¡Ah! ¡qué placer siento al confesártelo, Julio! Ahora sé que fui doncella y que llegué á tus brazos virgen de corazón. Cuando salí de aquella profunda soledad, cuando por primera vez, alisé mis cabellos adornándolos con una corona de flores de almendro, cuando añadí complacientemente algunos lazos de satín á mi bata blanca, pensando en el mundo que iba á ver y que tanta curiosidad me inspiraba, Julio, aquella inocente y modesta coquetería fué para tí, pues al entrar en el mundo, tú fuiste el primero que miraron mis ojos. Yo noté que tu figura sobresalió de las demás, tu persona me agradó, tu voz y tus modales me inspiraron favorables presentimientos, y cuando viniste á hablarme ruborizado con voz temblorosa, aquel momento me proporcionó recuerdos que aun me hacen palpar hoy, que pienso en ellos por última vez. Nuestro amor fué en un principio una viva simpatía, pero no tardó en ser adivinado mutuamente y en ser compartido, para gozar después ambos de los innumerables placeres que nos ha proporcionado. Desde entonces, mi madre sólo ocupó mi corazón en segundo término. Yo solía decirselo y la adorable mujer se sonreía. Luego fuí tuya, toda para tí. Mi querido esposo, hé aquí mi vida, toda mi vida, y hé aquí lo que me resta que decirte. Una noche, algunos días antes de su muerte, mi madre me reveló el secreto de su vida derramando ardientes lágrimas. Cuando supe que existían pasiones condenadas por el mundo y por la Iglesia, te quise más que nunca. Indudablemente Dios no debe ser severo cuando este pecado es cometido por almas tan tiernas como la de mi madre. Únicamente que aquel ángel no podía resolverse al arrepentimiento. ¡Cuánto amaba, Julio, era todo amor! Así es que rogué por ella todos los días sin juzgarla. Entonces conocí la causa de su viva ternura maternal, entonces supe que había en París un hombre que cifraba en mí toda su vida y su amor, que tu fortuna era obra suya, que te quería á tí, que estaba desterrado de la sociedad, que llevaba un nombre deshonrado y que se consideraba más desgraciado por mí y

por nosotros que por él mismo. Mi madre era todo su consuelo, y una vez muerta, yo prometí reemplazarle. Con todo el ardor de un alma cuyos sentimientos habían de ser sinceros, yo no ví más que la dicha de endulzar la amargura que ennegrecía los últimos momentos de mi madre, y me comprometí á continuar aquella obra de caridad secreta, la caridad del corazón. La primera vez que ví á mi padre fué al lado de la cama en que mi madre acababa de expirar, y cuando él levantó por primera vez sus ojos arrasados en lágrimas, fué para ver en mí todas sus esperanzas muertas. Yo había jurado, no mentir, sino guardar silencio. ¿Y qué mujer hubiera faltado á este juramento? Esta es mi falta, Julio, falta expiada con la muerte. Dudé de tí; pero ¡es tan natural el temor en la mujer, y sobre todo en la mujer que sabe todo lo que puede perder! Temblé por mi amor. El secreto de un padre me pareció ser la muerte de mi dicha, y cuanto más amaba más miedo tenía. No me atrevía á confesar este sentimiento á mi padre, porque temía herirle, y en su situación cualquier ofensa podía ser grave. Pero sin decírmelo, él participaba de mis temores. Aquel corazón completamente paternal, temblaba tanto por mi dicha como yo misma, y no se atrevía á hablar, obedeciendo á la misma delicadeza que me mantenía á mi muda. Sí, Julio, yo creí que podía llegar un día en que tú no amases á la hija de Gracian tanto como amabas á tu Clemencia. A no ser por este profundo terror, ¿te hubiera yo ocultado nada á tí, que ocupabas por entero mi corazón? El día en que aquel odioso y desgraciado oficial te habló, yo me ví obligada á mentir, y aquel día conocí el dolor por la segunda vez de mi vida, dolor que fué creciendo hasta el momento en que te hablo por última vez. ¿Qué importa ahora la situación de mi padre? Tú lo sabes ya todo. Con ayuda de mi amor, yo habría vencido la enfermedad y soportado todos los sufrimientos; pero no podía ahogar nunca la voz de la duda. ¿No es posible que mi origen altere la pureza de tu amor, lo disminuya ó lo debilite? Nada hay que pueda alejar de mí este temor. Julio, tal es la causa de mi muerte. Yo no sabría vivir temiendo una palabra ó una mirada tuya, palabra que tal vez no me dirás nunca, mirada que acaso no me dirigirás jamás. Pero ¿qué quieres? las temo. Mi único consuelo es el saber que muero amada. Hé sabido que de cuatro años á esta parte mi padre y sus amigos han recorrido el mundo

para engañar al mundo. A fin de procurarme un nombre compraron un muerto, una reputación, una fortuna, todo para reanimar un vivo, todo esto por tí, por nosotros. Nosotros no debíamos saber nada; pero, en fin, mi muerte tal vez le ahorrará esta mentira á mi padre, que morirá de pena por mí. Adiós, pues, Julio. Mi corazón entero está encerrado en estas líneas. Expresarte mi amor con toda la inocencia de su terror, ¿no es dejarte toda mi alma? Yo no habría tenido fuerza para hablarte, y la he tenido para escribirte. Acabo de confesar á Dios las faltas de mi vida, y aunque he prometido no ocuparme más que del rey de los cielos, no he podido resistir al placer de confesarme también con el que es para mí el rey de la tierra. ¡Ay de mí! ¿quién no me perdonaría este último suspiro entre la vida que fué y la vida que va á ser? Adiós, pues, amado Julio mío. Voy hacia Dios, á cuyo lado el amor es siempre puro, y á cuyo lado vendrás tú también algún día. Allí, en su trono, reunidos para siempre, podremos amarnos por los siglos de los siglos. Esta esperanza es la única que puede consolarme. Si soy digna de estar allí, yo te seguiré en tu vida, mi alma te acompañará, te rodeará, porque tú permanecerás aun aquí abajo. Haz una vida santa para tener la seguridad de venir á mi lado. ¿Puedes hacer tanto bien en esta tierra! ¿No es misión angelical la del ser que sufre el derramar la dicha en torno suyo dando lo que no tiene? Te dejo á los desgraciados. Sus lágrimas y sus sonrisas serán lo único que no me inspire celos. Ambos encontraremos un gran encanto en la caridad. ¿No podremos aun vivir juntos si tu mezclas mi nombre, á tu Clemencia, con tus buenas obras? Después de habernos amado como nos amábamos, no hay más que Dios como consuelo, Julio. Dios no miente, Dios no engaña. Yo deseo que sólo le adores á él. Cultívale, socorriendo á los que sufren, alivia á los miembros doloridos de su Iglesia. Adiós alma querida, que es toda mía, te conozco, y sé que no amarás dos veces. Voy á expirar acariciando la idea que hace felices á todas las mujeres. Sí, mi tumba será tu corazón. Después de la infancia que te he contado, ¿no transcurrió mi vida en tu corazón? Muerta, no me arrancarás nunca de él. Estoy orgullosa de esta vida única. Tú no me habrás conocido más que en la flor de la juventud y te dejo penas sin desencanto. Julio, esta muerte es muy feliz.

„Tú que me has comprendido tan bien, prométeme cumplir un capricho de mujer, cosa supérflua sin duda. Te ruego que quemes todo lo que nos ha pertenecido, que destruyas nuestro cuarto, que inutilices todo lo que pueda ser un recuerdo de nuestro amor.

“Una vez más, adiós, el último adiós lleno de amor, como lo estarán mi último pensamiento, y mi último suspiro.”

Cuando Julio hubo acabado de leer esta carta, sintió en el corazón uno de esos frenesís, cuyas espantosas crisis son imposibles de describir. Todos los dolores son individuales, y sus efectos no están sometidos á ninguna regla fija: algunos hombres se tapan los oídos para no oír nada; algunas mujeres cierran los ojos para no ver; pero hay también almas grandes y magníficas que se sumen en su dolor como en un abismo. En materia de desesperación todo es verosímil. Julio se escapó de casa de su hermano y se fué á la suya para pasar la noche al lado de su mujer y ver hasta el último instante á aquella criatura celestial. Al mismo tiempo que caminaba con esa indiferencia por la vida que conocen las gentes que han llegado al último grado de la desgracia, concebía que en Asia ordenasen las leyes á los esposos que no se superviviesen, porque él deseaba morir. Julio no estaba aun anonadado, sentía la fiebre del dolor. Llegó á su casa sin obstáculos, subió aquel cuarto sagrado y vió á su Clemencia en el lecho mortuario, hermosa como una santa, con los cabellos partidos en dos bandas y las manos cruzadas, sepultada ya en su sudario. Unos cirios alumbraban á un sacerdote que oraba. Josefina permanecía arrodillada llorando en un rincón, y al lado de la cama había dos hombres. El uno era Ferragus, que se mantenía de pie, inmóvil y contemplaba á su hija con ojos secos; su cabeza parecía de bronce: no vió á Julio. El otro era Jacobito, para quien Clemencia había sido siempre buena. Jacobito había sido para ella uno de esos amigos respetuosos que regocijan el corazón sin turbarlo, que son una pasión dulce, el amor sin sus deseos y sus tormentos y había ido religiosamente á pagar su deuda de lágrimas, á decir el último adiós á la mujer de su amigo, á besar por última vez la frente helada de una criatura á quien consideraba como una hermana. Allí todo era silencio. No era aquella ni la muerte terrible

como lo es en la Iglesia, ni la pomposa muerte que atraviesa las calles; no, aquella era la muerte disolviéndose en el hogar doméstico, la muerte conmovedora, las pompas del corazón, los llantos evitando todas las miradas. Julio se sentó al lado de Jacobito estrechándole la mano, y sin decir palabra todos los personajes de esta escena permanecieron así hasta el amanecer. Cuando el día hizo palidecer los cirios, Jacobito, previendo las escenas dolorosas que iban á sucederse, se llevó á Julio al cuarto inmediato. En aquel momento el marido miró al padre, y Ferragus miró á Julio. Aquellos dos dolores se interrogaron, se sondaron, se entendieron con una mirada. Un rayo de furor brilló pasajeramente en los ojos de Ferragus.

—Tú eres el que la has matado, pensaba.

—¿Por qué habéis desconfiado de mí? parecía responder el esposo.

Esta escena fué semejante á la que pasaría entre dos tigres que reconociesen la inutilidad de una lucha después de haberse examinado durante un momento de duda.

—Jacobito, dijo Julio, ¿has atendido á todo?

—A todo; pero en todas partes encontraba un hombre que ordenaba y pagaba.

—¡Me arranca su hija! exclamó el marido en un violento acceso de desesperación.

Y se precipitó en el cuarto de su mujer; pero el padre no estaba allí, ya Clemencia había sido colocada en un ataúd de plomo y unos obreros se disponían á soldar la tapa. Julio huyó asustado de aquel espectáculo, y el ruido del martillo que empleaban aquellos hombres le hizo romper maquinalmente en amargo llanto.

—Jacobito, dijo, durante esta noche terrible se me ha ocurrido una idea, una sola idea que deseo resolver á toda costa. No quiero que Clemencia permanezca en un cementerio de París, quiero quemarla, recoger sus cenizas y guardarlas. No digas una palabra de esto á nadie, pero arréglate para lograrlo. Voy á encerrarme en su cuarto y permaneceré en él hasta el momento de mi partida. Tú solo entrarás aquí para darme cuenta de tus pasos. Anda, no escatimes nada.

Aquella misma mañana, Clemencia, después de haber sido expuesta en una capilla ardiente á la puerta de su palacio, fué llevada á San Roque. La iglesia estaba completa-

mente tendida de negro, y la especie de lujo desplegado en aquel entierro, había atraído á mucha gente, pues en París todo es materia de espectáculo, hasta el dolor más verdadero. Hay gentes que salen á los balcones para ver como llora un hijo que sigue al cuerpo de su madre, como las hay que quieren estar cómodamente instaladas para ver como cae una cabeza. Ningún pueblo del mundo tiene ojos más voraces. Pero los curiosos quedaron particularmente sorprendidos al ver las seis capillas laterales de San Roque igualmente tendidas de negro. Dos hombres vestidos de luto asistían á una misa mortuoria en cada una de aquellas capillas. Como único acompañamiento, se vió en el coro al señor Desmarests el notario y á Jacobo, y detrás de ellos á los criados. Para los husmeones eclesiásticos, había algo de inexplicable en aquella pompa con tan poca parentela. Julio no había querido que asistiera á aquella ceremonia ningún indiferente. La misa mayor se celebró con la sombría magnificencia de las misas fúnebres. Además del clero ordinario de San Roque, había allí trece sacerdotes de otras parroquias; de modo que el *Dies ire* es fácil que no hubiese producido nunca la impresión que produjo aquel himno, y un efecto más profundo y más glacial á los cristianos reunidos allí por curiosidad, pero ávidos de emociones, cuando las ocho voces de los chantres, acompañadas de las de los sacerdotes y los monaguillos, lo entonaron alternativamente. De las seis capillas laterales, otras doce voces de monaguillos resonaron ágrias de dolor. De todos los puntos de la iglesia surgía el espanto, y en todas partes respondían los gritos de angustia á los gritos de terror. Aquella espantosa música acusaba dolores desconocidos para el mundo y amistades secretas que lloraban á la muerta. Jamás en ninguna religión humana se denotó con tanto vigor el espanto del alma en presencia de la anonadora majestad de Dios. Ante aquel clamor de los clamores, deben humillarse los artistas y sus composiciones más apasionadas. No, nada puede luchar con este canto que resume las pasiones humanas y les da una vida galvánica más allá de la tumba conduciéndolas palpitantes aun ante el Dios vivo y vengador. Aquellos gritos de la infancia, mudos á los sonidos de voces graves que comprenden en aquel canto mortuorio la vida humana con todos sus desarrollos, recordando los sufrimientos de la cuna con todas las demás penas de los demás edades; toda

aquella estridente armonía llena de rayos y relámpagos, ¿no habla á las imaginaciones más intrépidas, á los corazones más helados y hasta á los filósofos? Oyéndola, parece que Dios truene. No son frías las bóvedas de ninguna iglesia, porque tiemblan, hablan, infiltran el miedo con todo el poder de sus ecos. Parece uno ver innumerables muertos levantándose y tendiendo las manos. No es ya el padre, la madre, ni la mujer, ni el hijo el que yace bajo del paño negro, es la humanidad saliendo de la nada. Es imposible juzgar la religión católica, apostólica, romana, cuando no se ha sentido el más profundo de los dolores llorando á la persona adorada que yace bajo el cenotafio, cuando no se han sentido todas las emociones que le llenan á uno el corazón, traducidas con aquel himno de desesperación, con aquellos gritos que anonadan las almas, con aquel canto religioso que crece de estrofa en estrofa, que sube hasta el cielo y que espanta, que empequeñece, que eleva el alma y comunica á la conciencia el sentimiento de la eternidad en el momento en que acaba el último verso. Si habéis luchado con la gran idea de lo infinito, llegáis á comprenderlo en la iglesia. Allí no se dice una palabra, y ni los incrédulos mismos saben lo que tienen. Sólo el ingenio español ha podido inventar estas majestades inauditas mediante el más inaudito de los dolores. Cuando la suprema ceremonia hubo acabado, doce hombres vestidos de luto salieron de las seis capillas y fueron á escuchar en torno del ataud el canto de esperanza que la iglesia hace oír al alma cristiana antes de dar sepultura al cuerpo. Después, cada uno de aquellos hombres subió á un coche, Jacobito y el señor Desmarets tomaron el décimo tercero, y los criados siguieron el cortejo á pie. Una hora después, los dos desconocidos estaban en la cima del cementerio llamado popularmente del Père-Lachaise en torno de una fosa á donde había sido bajado el ataud, en presencia de una multitud curiosa que había acudido de todos los puntos de aquel jardín público. Después de cortas plegarias, el sacerdote arrojó algunos granos de tierra sobre los despojos mortales de aquella mujer, y los enterradores, habiendo pedido su propina, se apresuraron á llenar la fosa para ir después á hacer lo mismo á otra.

Aquí aparece acabar el relato de esta historia; pero tal vez quedaría incompleta, si después de haber hecho una ligera reseña de la vida parisiense y después de haber seguido

sus caprichosas ondulaciones, quedasen olvidados los efectos de la muerte. La muerte en París no se parece á la muerte en ninguna otra capital, y pocas personas conocen los debates de un dolor verdadero en lucha con la civilización y con la administración parisiense. Por otra parte, tal vez Julio y Ferragus XIII interesen bastante para que se sientan deseos de conocer el desenlace de su vida; esto sin contar con que hay muchas personas que desean darse cuenta de todo, y que, al igual que el más ingenioso de nuestros críticos, querrian saber por qué procedimiento químico arde el aceite en la lámpara de Aladino. Jacobo, como empleado que era, conocedor de las leyes, se dirigió á la autoridad para obtener el permiso para exhumar el cuerpo de Clemencia y quemarlo. Se fué á ver al prefecto de policía, bajo cuya protección duermen los muertos. Este funcionario exigió una instancia, y por consiguiente, fué preciso comprar una hoja de papel timbrado, dar al dolor forma administrativa; fué preciso servirse de la jerga burocrática para expresar los deseos de un hombre agobiado por la desgracia, fué preciso traducir friamente al margen el objeto de la instancia, diciendo:

El peticionario
solicita la incineración
de su mujer.

Al ver esto, el jefe encargado de informar para el consejero de Estado, el prefecto de policía, dijo:

—Pero esto es una cuestión grave y mi información no puede estar hecha dentro de ocho días.

Julio, al saber este plazo dilatorio, comprendió lo que le había oído decir á Ferragus: incendiar París. Nada le pareció más natural que destruir aquel receptáculo de monstruosidades.

—Hay que ir á ver al ministro del Interior, y hacer que tu ministro le hable.

Jacobito se trasladó al ministerio del Interior y pidió y obtuvo una audiencia, pero á quince días fecha; pero como era hombre tenaz, fué de oficina en oficina y logró llegar hasta el secretario particular del ministro por mediación del secretario particular de su ministerio. Mediante estas grandes protecciones, pudo lograr para el día siguiente una audiencia furtiva en la que, provisto de una recomendación

del autócrata de los negocios extranjeros, Jacobito esperaba salir triunfante. Preparó razonamientos, respuestas perentorias, pero todo fué inútil.

—Eso no me incumbe, dijo el ministro. Es cosa del prefecto de policía. Por otra parte, no hay ley que dé á los maridos la propiedad de los cuerpos de sus mujeres, ni á los padres la de sus hijos. Es grave. Además hay consideraciones de utilidad pública que exigen que esto sea comunicado, porque puede ser contrario á los intereses de la villa de París. En fin, si el asunto dependiese inmediatamente de mí, yo no podría decidirme *hic et nunc*, y necesitaría un informe.

El informe es en la administración actual, lo que son los limbos en el cristianismo. Jacobo conocía la manía del informe y no había esperado esta ocasión para lamentar esta ridiculez burocrática. El sabía que desde que había invadido los asuntos el informe, revolución administrativa consumada en 1804, no había habido ministro que se hubiese decidido á nada sin que antes hubiese sido comentado el proyecto por los *cagatintas* y demás sublimes inteligencias de sus oficinas. Jacobito, que era uno de los hombres dignos de tener á Plutarco por biógrafo, reconoció que se había engañado en la marcha de aquel asunto, y que lo había hecho imposible queriendo proceder legalmente. Lo más sencillo de todo era trasladar á Clemencia á una de las propiedades de Desmarests, y allí con la complaciente autoridad de un alcalde de aldea, satisfacer los deseos de su amigo. La legalidad constitucional y administrativa no engendra nada: es un monstruo infecundo para los pueblos, para los reyes y para los intereses privados; pero los pueblos no saben detrear más que los principios escritos con sangre; mas las desgracias de la legalidad serán siempre más cívicas; la legalidad aplasta á una nación; hé aquí todo. Jacobito, hombre liberal, volvióse, pues, pensando en los beneficios de lo arbitrario, pues el hombre sólo juzga las leyes al resplandor de sus pasiones. Cuando estuvo en presencia de Julio, se vió obligado á engañarle, y aquel desgraciado, víctima de una fiebre violenta, permaneció dos días en la cama. Aquella misma noche, el ministro, en una cena ministerial, habló del capricho que tenía un parisiense de quemar á su mujer á la manera de los romanos, y entonces los círculos de París se ocuparon momentáneamente de los funerales

antiguos. Como las cosas antiguas empezaban á ponerse de moda, algunas personas juzgaron que sería bonito establecer para los grandes personajes hogar funerario. Esta opinión tuvo sus contrarios y sus defensores. Los unos decían que había exceso de grandes hombres, y que esta costumbre haría encarecer la leña, sin contar con que en un pueblo tan caprichoso como el francés, sería ridículo ver á cada paso un Longchamps de antepasados paseados en sus urnas, y que, si éstas tenían algún valor, sería probable encontrarles en alguna almoneda llena de respetables cenizas embargadas tal vez por acreedores acostumbrados á no respetar nada. Otros respondían que los muertos tenían más seguridad de ser establecidos que en el Père Lachaise, y que al cabo de cierto tiempo la villa de París se vería obligada á ordenar una San Bartolomé contra sus muertos que invadían el campo y amenazaban algún día tomar las tierras de la Brie. Fué aquello en fin, una de esas fútiles y espirituales discusiones de París, que sirven para enconar á veces profundas llagas.

Afortunadamente Julio ignoró las conversaciones, las bromas y las salidas á que dió lugar su dolor. El prefecto de policía se extrañó de que Jacobito hubiese empleado al ministro para evitar las dilaciones y las lentitudes del procedimiento. La exhumación de Clemencia, era una cuestión de inspección; así es que en las oficinas de policía se trabajaba para responder desfavorablemente á la petición, pues basta que se haga una petición, para que la administración le ponga el veto. El interesado puede llevar todas las cuestiones hasta el Consejo de Estado, que es otra máquina difícil de mover. Al segundo día, Jacobito hizo comprender á su amigo que era preciso que renunciase á su proyecto y que en una villa en que estaban tarifadas el número de lágrimas bordadas sobre los crespones, en que las leyes admitían siete clases de entierros, en que se vendía á peso de oro la tierra de los muertos, en que el dolor era explotado, en que las oraciones de la iglesia se pagaban caras, en que la fábrica intervenía para reclamo del precio de algunas voces añadidas al *Dies ire*, era imposible todo lo que salía del carril trazado administrativamente al dolor.

—Esto hubiese sido una dicha en medio de mi dolor, pues me había formado el proyecto de morir lejos de aquí y deseaba tener á Clemencia entre mis brazos á la hora de

mi muerte, dijo Julio. No sabía yo que la burocracia pudiese meter las uñas hasta en los ataúdes.

Julio quiso ver si había al lado de su mujer un poco de lugar para él, y los dos amigos se trasladaron al cementerio. Al llegar allí, lo mismo que á la puerta de los teatros ó á la entrada de los museos, se encontraron con una multitud de *ciceroni* que se apresuraron á guiarles por el dédalo del Père-Lachaise. Lo mismo al uno que al otro les era imposible saber donde yacía Clemencia. ¡Espantosa angustia! Fueron á consultar al portero del cementerio. Los muertos tienen su conserje, y hay horas en que los muertos no están visibles. Sería preciso reformar todos los reglamentos de policía para tener derecho de ir á llorar por la noche en el silencio y la soledad sobre la tumba donde yace un ser amado. Allí hay una consigna para el invierno y una consigna para el verano. Indudablemente, de todos los porteros de París, el del Père-Lachaise es el más feliz. En primer lugar, no hay que tirar del cordón de ninguna campanilla, y después, en lugar de una jaula, tiene una casa, un establecimiento que no es precisamente un ministerio, aunque tenga un gran número de administrados y varios empleados, pero este gobernador de los muertos dispone de un sueldo y de un poder inmenso, contra el cual nadie puede quejarse, obra en todo arbitrariamente. Su portería no es tampoco una casa de comercio, aunque tenga oficinas, contabilidad, gastos y provechos. Este hombre no es un conserje ni un portero; la puerta que recibe á los muertos está siempre abierta; aunque tenga monumentos que conservar no es un conservador; en fin, es una indefinible anomalía, autoridad que participa de todo y que no es nada, autoridad colocada fuera de todo, como la muerte, de la cual vive. Sin embargo, este hombre excepcional, este guardián del cementerio, es el conserje llegado al estado de funcionario. Por lo demás, su plaza no es una sinecura: no deja inhumar á nadie sin permiso, debe dar cuenta de sus muertos, indica en aquel vasto campo los seis pies cuadrados donde meteréis algún día todo lo que amáis, todo lo que odiáis, una querida, un primo. Sí, sabedlo bien, todos los sentimientos de París van á parar allí. Aquel hombre tiene registros para acostar á sus muertos, los cuales están en su tumba y en sus planos. Tiene á sus órdenes guardianes, jardineros, ayudantes, enterradores, Es un personaje. Las gentes que

lloran no se dirigen á él, pues sólo comparecen los casos graves: cuando un muerto ha sido tomado por otro, un muerto asesinado, una exhumación, un muerto que renace. El busto del rey reinante está en su sala, y tal vez guarda los antiguos bustos regios, imperiales y casi regios en algún armario; especie de pequeño Père-Lachaise para las revoluciones. En fin, es un hombre público, un excelente hombre, buen padre, buen esposo, epitafio aparte. ¡Pero ha visto pasar ante él tan diversos sentimientos en forma de entierro, ha visto tantas lágrimas, las falsas y las verdaderas, ha visto el dolor bajo tantas formas, ha visto seis millones de dolores eternos! Para él, el dolor no es más que una piedra de once líneas de espesor, cuatro pies de largo y veintidós pulgadas de ancho. Respecto á las penas, son las molestias del oficio, pues no almuerza ni come nunca sin secarse de la lluvia de alguna inconsolable aflicción. Es bueno y tierno para todos los demás afectos: llorará por algún héroe de drama; pero su corazón está petrificado para los muertos verdaderos. Los muertos para él son cifras, y su profesión estriba en organizar la muerte. Finalmente, tres veces al siglo, se encuentra en una situación en que su papel pasa á ser sublime, y entonces es sublime á todas horas... en tiempo de peste.

Cuando Julio se encaminó hacia él, aquel monarca absoluto empezaba á encolerizarse.

—Os había dicho que regaseis las flores desde la calle de Massena hasta la plaza de Regnaud, y vosotros como si nada. ¡Por vida de!.. Si los parientes vienen hoy que hace buen tiempo, se dirigirán contra mí, gritarán como energúmenos y dirán horrores de nosotros calumniándonos.

—Señor, le dijo Jacobito, deseáramos saber donde ha sido inhumada la señora Julio.

—¿La señora Julio qué? Porque en ocho días hemos tenido tres señoras Julio. ¡Ah! dijo mirando á la puerta, aquí está el entierro del coronel Moulincourt. Vaya usted á buscar el permiso. A fé que es un buen entierro. No ha tardado en seguirle á su abuela. Hay familias que parece que apuestan á morir. ¡Es claro! ¡hacen tan mala vida esos parisienses!..

—Señor, dijo Jacobito tocándole el brazo, la persona por quien le pregunto á usted es la señora de Julio Desmarts, el agente de cambio.

—¡Ah! ya sé, respondió mirando á Jacobito, ¿No era un entierro en que había trece coches de acompañamiento y un solo pariente en cada uno de los doce primeros? Fué una cosa tan rara, que nos llamó la atención.

—Señor, tenga usted cuidado. Don Julio viene conmigo, puede oírle, y lo que usted dice no es prudente.

—Dispense usted, caballero, tiene usted razón. Yo les he tomado á ustedes por herederos. Caballero, repuso consultando un plano del cementerio, la señora Julio está en la calle del Mariscal de Fevre, paseo n.º 4, entre la señorita Rancourt de la Comedia Francesa, y el señor Moreau Malvin, carnicero que tiene encargada una tumba de mármol, que será ciertamente una de las mejores de este cementerio.

—Señor, dijo Jacobito interrumpiéndole, es lo mismo que si no nos dijese nada.

—Es verdad, respondió mirando en torno suyo. ¡Juan! le gritó á un hombre; ¡conduce á estos señores á la fosa de la señora Julio, la mujer de un agente de cambio! Ya sabes, cerca de la señorita Rancourt, la tumba donde hay un busto.

Y los dos amigos marcharon conducidos por uno de los guardianes; pero aún no habían llegado al camino escarpado que conduce á la parte superior del cementerio, cuando ya habían oído veinte proposiciones de los empresarios de tumbas.

—Si el señor quiere hacer construir *algo*, nosotros podríamos hacérselo muy barato.

Jacobito pudo evitar á su amigo esta palabra espantosa para corazones que sufren, y ambos llegaron al lugar del reposo. Al ver aquella tierra recientemente removida, donde unos albañiles habían puesto unas piedras necesarias para que el cerrajero pudiese plantar la reja, Julio se apoyó en el hombro de Jacobito, levantándose á intervalos para dirigir persistentes miradas á aquel rincón de arcilla donde le era preciso dejar los despojos del sér para el cual vivía aún.

—¡Qué mal está ahí! dijo Julio.

—Pero, hombre, si no está ahí, donde está es en tu memoria, le dijo su amigo. Vamos, ven, deja este odioso cementerio donde los muertos están adornados como las mujeres en un baile.

—¡Si la quitásemos de aquí!

—¿Acaso es posible?

—Todo es posible, exclamó Julio.

Y después de una pausa, añadió:

—Bueno, ya que hay sitio para mí, también yo vendré aquí.

Jacobito logró sacarle de aquel recinto dividido como un tablero de damas por rejas de bronce y elegantes compartimientos que encerraban tumbas adornadas con palmas con inscripciones, con lágrimas tan frías como las piedras de que se habían servido gentes desoladas para hacer esculpir sus penas y sus armas. Hay allí frases grabadas en negro, epigramas contra los curiosos, ocurrentes despedidas, citas á las que no concurre más que una sola persona, biografías pretensiosas, requiebros, etc. Aquí tirros, allí amapolas, más lejos unas egipcias, aquí y allá algunos cañones, en todas partes los emblemas de mil profesiones; en fin, todos los estilos: el morisco, el griego, el gótico, frisos, bóvedas, pinturas, urnas, genios, templos, muchas siemprevivas ajadas y rosales muertos. Es una infame comedia, es aun todo París con sus calles, sus letreros, sus industrias, sus palacios; pero visto á través de un lente que disminuye, un París microscópico, reducido á las pequeñas dimensiones de las sombras, de las larvas, de los muertos, un cuerpo humano que no tiene nada de grande más que su vanidad. Después Julio vió á sus pies, en el largo valle del Sena, el verdadero París envuelto por un velo azulado, diáfano entonces por la luz del sol, producido por sus humos. El desolado viudo abrazó con una mirada furtiva aquellas cuarenta mil casas, y señalando el espacio comprendido entre la columna de la plaza Vendome y la cúpula de oro de los Inválidos, dijo:

—Me ha sido arrebatada allí, por la funesta curiosidad de ese mundo que se agita y le empuja, por el mero gusto de agitarse y empujarse.

A cuatro leguas de allí; á orillas del Sena, en una modesta aldea situada en la vertiente de una de las colinas de aquella larga cadena montañosa en cuyo centro se remueve París como un niño en su cuna, ocurría una escena de muerte y de duelo, pero desprovista de todas las pompas parisienses, sin acompañamiento de antorchas, de cirios ni de coches, sin oraciones católicas, la muerte en toda su sencillez. Hé aquí el hecho: Al amanecer, el cuerpo de una joven había aparecido en las orillas del Sena sobre el fango y los juncos. Unos tiradores de sable que iban á hacer ejer-

cicio la vieron desde una frágil barquilla, y uno de ellos había dicho:

—Mira, ya hemos ganado cincuenta francos.

—Es verdad, dijo el otro.

Y se aproximaron á la muerta.

—Es una muchacha muy guapa.

—Vamos á hacer nuestra declaración.

Y ambos tiradores de sable, después de haber cubierto el cuerpo con sus capas, se fueron á ver al alcalde de la aldea, el cual sintió bastante el tener que hacer aquel levantamiento del cadáver.

El rumor de este acontecimiento corrió con la rapidez telegráfica propia de los países donde las comunicaciones sociales no sufren interrupción y donde las maledicencias, las charlas, las calumnias y el chisme social no dejan laguna alguna de un extremo á otro. Inmediatamente algunas gentes que acudieron á la aldea, sacaron al alcalde del apuro del reconocimiento del cadáver convirtiéndolo en una sencilla acta de defunción. Gracias á ellos, se supo que aquel cuerpo era el de la señorita Ida Gruget, corsetera, habitante en la calle de la Cordera del Temple, número 14. La policía judicial intervino, y la viuda Gruget, madre de la difunta se presentó provista de la carta de su hija. En medio de los gemidos de la madre, un médico certificó la asfixia por la invasión de la sangre negra en el sistema pulmonar y todo quedó terminado. Por la tarde, á eso de las seis, la autoridad permitió inhumar á la *griseta*. El cura del lugar se negó á recibirla en la iglesia y á rogar por ella. Entonces Ida Gruget fué envuelta en un sudario por una aldeana, encerrada en ese ataud vulgar hecho con planchas de pino, y después conducida al cementerio por cuatro hombres acompañados de algunos aldeanos curiosos que se contaban aquella muerte comentándola con una sorpresa mezclada de conmiseración. La viuda Gruget fué caritativamente entretenida por una anciana, lo cual le impidió que asistiese al triste entierro de su hija. Un hombre que desempeñaba las tristes funciones de campanero, sacristán y enterrador de la parroquia, había hecho una fosa en el cementerio de la aldea, cementerio de una media fanega de extensión situada detrás de la iglesia; una iglesia muy conocida, iglesia clásica, provista de una torre cuadrada con tejado puntiagudo cubierto de pizarra, sostenido exteriormente por angulosos contra-

fuertes. Detrás del círculo descrito por el coro estaba el cementerio rodeado de ruinosos muros, campo lleno de montículos; ni mármoles, ni visitantes, pero seguramente que en cada surco habían caído llantos y pesares sinceros que no acompañaron ciertamente á la pobre Ida Gruget. Esta fué arrojada en un rincón entre ortigas y hierbas altas. Cuando el ataud fué trasladado á aquel campo tan poético por su sencillez, el día empezaba á declinar y el enterrador no tardó en quedarse solo. Al llenar la fosa, se detenía á intervalos para mirar al camino por encima de la pared; hubo un momento en que con la mano apoyada en la azada, examinó el Sena, que le había traído aquel cuerpo.

—¡Pobre joven! exclamó un hombre que apareció de pronto.

—Me ha asustado usted, señor, dijo el enterrador.

—¿Han dicho el servicio por la que está usted enterrando?

—No, señor. El señor cura no ha querido. Esta es la primera persona que se entierra aquí sin ser de la parroquia. Aquí todo el mundo se conoce. ¿Es que el señor?... ¡Toma, se ha marchado!

Habían pasado varios días, cuando un hombre vestido de negro se presentó en casa del señor Desmarets, y sin querer hablarle, dejó en la habitación de su mujer una gran urna de pórfiro, en la cual se leían estas palabras:

INVITA LEGE,

CONJUGI MOERENTI

FILIOLE CINERES

RESITUIT

AMICIS XII JUVANTIBUS,

MORIBUNDUS PATER.

—¡Qué hombre! dijo Julio rompiendo á llorar.

Ocho días bastaron al agente de cambio para obedecer todos los deseos de su mujer y para poner en orden sus asuntos. Le vendió su plaza al hermano de Martín Faleix y salió de París en el momento en que el gobierno discutía aún si era lícito que un ciudadano pudiese disponer del cuerpo de su mujer. ¿Quién no ha encontrado en los bulevares de París, al volver una calle, ó debajo de los pórticos del palacio Real; en fin, en cualquier lugar del mundo en que la

casualidad quiere presentarlo, á un ser, hombre ó mujer, á cuya vista nacen en el ánimo mil pensamientos confusos? Al verles, nos sentimos vivamente interesados por ellos, ya á causa de las facciones, cuya extrema conformación anuncia una vida agitada, ya por el conjunto curioso que ofrecen sus gestos, su aire, su paso y sus vestidos, ya por alguna mirada profunda, ó ya por otros no sé qué que sorprenden de pronto sin que uno llegue á explicarse claramente la causa de su emoción. Después, al día siguiente, otros pensamientos y otras imágenes parisienses desvanecen este pasajero sueño. Pero si encontramos aun al mismo personaje, ya sea pasando á hora fija como un empleado de la alcaldía que concurre á su oficina, ó ya errando por los paseos, como esas gentes que parecen ser un mobiliario de París y que suelen hallarse en los lugares públicos, como en las primeras representaciones ó en las fondas, entonces esa criatura arraiga en vuestro recuerdo y permanece en él como el primer tomo de una novela, cuyo final no conocemos. Nos sentimos tentados á interrogar á aquel desconocido, diciéndole:

—¿Quién es usted? ¿por qué callejea? ¿Con qué derecho lleva usted un cuello doblado y un bastón con puño de marfil? ¿Por qué lleva esas antiparras azules, y por qué usa esas corbatas de petimetre?

De estas creaciones errantes, hay algunas que pertenecen á la especie insípida, que no dicen nada y que están allí sin que nadie sepa por qué; son figuras semejantes á las que sirven de tipo á los escultores para las cuatro estaciones, el Comercio y la Abundancia. Otros, antiguos procuradores, ancianos negociantes, antiguos generales, se van, marchan y parecen estar siempre detenidos. Semejantes á los árboles, que están medio desarraigados á orillas de un río, no parecen formar nunca parte del torrente de París, ni de su multitud joven y activa. Es imposible saber si se han olvidado de enterrarlos ó se han escapado del ataud, han llegado á un estado casi fósil. Uno de estos Melmot parisienses había ido á mezclarse hacia algunos días con la población juiciosa y recogida que durante el buen tiempo ocupa infaliblemente el espacio comprendido entre la reja Sur del Luxemburgo y la reja Norte del Observatorio, espacio sin género, espacio neutro en París. En efecto, allí no está ya París, y sin embargo, sigue uno dentro de él. Aquel lugar

participa á la vez del carácter de plaza, de calle, de bulvar, de fortificación, de jardín, de avenida, de carretera, de provincia y de capital. Indudablemente, hay allí algo de todo esto, pero no es nada de todo esto: es un desierto. En torno de aquel lugar sin nombre se levanta la Inclusa, el Hospital, los Capuchinos, el Hospicio de la Rochefoucaud, el Hospital Cochín, los Sordo-mudos y el Hospital de la Val-de-Grace; en fin, todos los vicios y todas las desgracias de París tienen allí su asilo, y para que nada faltase á aquel recinto filantrópico, la ciencia estudia allí las mareas y las longitudes, el señor de Chateaubriand ha instalado allí la casa de socorro María Teresa, y las Carmelitas han fundado un convento. Las grandes situaciones de la vida están representadas por los campanarios que suenan incesantemente en aquel desierto, y por la madre que da á luz, por el niño que nace, por el vicio que sucumbe, por el obrero que muere, por la virgen que ora, por el anciano que siente frío y por el genio que se engaña. Después, á dos pasos, está el cementerio de Montparnase, hacia el cual se encaminan á todas horas los pobres entierros del arrabal San Marcelo. Aquella explanada, desde donde se domina París, ha sido conquistada por los jugadores de bochas, caras viejas y grises, llenas de honradez, buenas gentes que continúan las costumbres de nuestros antepasados, y cuyas fisonomías sólo pueden ser comparadas con las de su público. El hombre que se había hecho hacia algunos días habitante de este barrio desierto, asistía asiduamente á las partidas de bochas, é indudablemente podía pasar por la figura más saliente de aquellos grupos. Este recién llegado marchaba simpáticamente con la bolita que sirve de punto de mira y que constituye el interés de la partida; cuando la bolita se detenía, él se apoyaba en un árbol, y después, con la misma atención que un perro que acecha los gestos de su amo, contemplaba las bolas volando por el aire ó rodando por tierra. Le hubieseis tomado por el genio fantástico de la bolita. No decía nunca nada, y los jugadores de bochas, los hombres más fanáticos que se pueden encontrar entre los sectarios de cualquiera religión, jamás le habían pedido cuenta de aquel silencio obstinado; únicamente que algunos le creían sordo y mudo. En las ocasiones en que era preciso determinar las diferentes distancias que había entre las bochas y la bolita, el bastón del desconocido pasaba á ser la me-

dida infalible, y entonces los jugadores iban á tomarlo de las manos heladas de aquel anciano sin dirigirle siquiera una palabra, sin hacerle una señal de amistad. El préstamo de su bastón era como una servidumbre á que se avenía negativamente. Cuando caía un chaparrón, permanecía al lado de la bolita, esclavo de las bochas y guardián de la partida comenzada. Ni la lluvia ni el buen tiempo le sorprendían, y, igual que los jugadores, era una especie de intermediario entre el parisiense que tiene menos inteligencia y el animal que no tiene ninguna. Por otra parte, pálido y ajado, sin cuidarse de él propio, distraído, iba á veces sin nada en la cabeza enseñando sus cabellos canosos y su cráneo cuadrado, amarillo, pelado, semejante á la rodilla que sale del pantalón desgarrado de un pobre. Permanecía con la boca abierta, sus miradas no decían nada, su paso era inseguro, no sonreía nunca, no levantaba nunca los ojos al cielo y los mantenía habitualmente fijos en la tierra y parecía buscar siempre algo en ésta. A las cuatro, una anciana iba á buscarle para llevarle no se sabe á donde, arrastrándole á remolque por el brazo, cual se tira del ramal de una cabra caprichosa que quiere seguir ramoneando cuando ya es hora de volver al establo. La presencia de aquel anciano tenía algo de horrible.

Por la tarde, Julio solo, en una calesa de viaje rápidamente arrastrada por la calle del Este, desembocó en la explanada del Observatorio, en el momento en que aquel anciano prestaba su bastón en medio de las voces de algunos jugadores pacíficamente irritados. Julio creyendo reconocer aquella cara, quiso detenerse, y no tuvo que decirle nada al cochero, porque precisamente el coche se detuvo. En efecto, el postillón tenía demasiado respeto á las multitudes y tuvo que pedir paso á los jugadores de bochas.

—¡Es él! dijo Julio reconociendo en fin en aquel despojo humano á Ferragus XIII, el jefe de los Devorantes. ¡Cuánto la quería! añadió después de una pausa.

Y enseguida gritó:

—¡Adelante, postillón!

Paris, febrero de 1853.

EPISODIO SEGUNDO

LA DUQUESA DE LANGEAIS

A Frantz Litz.

En una villa española situada en una isla del Mediterraneo, existe un convento de carmelitas descalzas donde la regla de la orden instituida por Santa Teresa se ha conservado en el rigor primitivo de la reforma debida á esta ilustre mujer. Este hecho es verdadero, por extraordinario que pueda parecer. Aunque las casas religiosas de la península y del continente hayan sido destruidas ó disueltas casi todas por los chispazos de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, como esta isla ha sido constantemente protegida por la marina inglesa, su rico convento y sus apacibles habitantes han quedado al abrigo de las turbaciones y de las expoliaciones generales. Las tempestades de todo género que agotaron los quince primeros años del siglo XIX se estrellaron pues, contra aquella roca, poco distante de las costas de Andalucía. Si el nombre del emperador llegó hasta aquella playa, es dudoso que su fantástico cortejo de gloria y las deslumbrantes majestades de su vida meteórica hayan sido comprendidas por las santas muchachas encerradas en aquel claustro. Una rigidez conventual que no había sido alterada por nada, recomendaba aquel asilo á todas las memorias del mundo católico; así es que la pureza de su regla llevó allí desde los puntos más distantes de Europa á tristes mujeres cuya alma despojada de todos los lazos humanos, suspiraba por aquel largo suicidio realizado en el seno de Dios. Por otra parte, ningún convento era más favorable para el divorcio completo con las cosas de aquí abajo exigido